



1 9 3 3 - 2 0 0 8

CEU 75

*Instituto de Humanidades
Ángel Ayala*

Sphaera

**El Islam esencial
Posibilidad de encuentro**

Joaquín Lomba

Número 14, Febrero 2008

M

CEU Ediciones

NA. 520424

MD

BC: 112. 082

2
LOM



El Islam esencial
Posibilidad de encuentro

Joaquín Lomba
 Sphaera 14, Febrero 2008

Instituto CEU de Humanidades
Ángel Ayala

El Instituto CEU de Humanidades Ángel Ayala es un centro de investigación y docencia, que pretende ser un foco de elaboración y difusión de pensamiento humanístico católico, convirtiéndose en un lugar de encuentro intelectual abierto y acogedor.

La *Serie Sphaera* divulga las conferencias que se dictan en el seno de las cátedras que mantiene el Instituto CEU de Humanidades Ángel Ayala: la Cátedra Ángel Herrera Oria de Doctrina Social de la Iglesia, la Cátedra Santo Tomás de Aquino, y la Cátedra Juan Pablo II.

Serie *Sphaera* del Instituto CEU de Humanidades Ángel Ayala

El Islam esencial. Posibilidad de encuentro

No está permitida la reproducción total o parcial de este trabajo, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

Derechos reservados © 2008, por Joaquín Lomba
Derechos reservados © 2008, por Fundación Universitaria San Pablo-CEU

CEU Ediciones
Julián Romea, 18 - 28003 Madrid
<http://www.ceu.es>

Instituto CEU de Humanidades Ángel Ayala
Pº Juan XXIII, 8 - 28040 Madrid
<http://www.ceu.es/angelayala>

ISBN: 978-84-96860-85-8
Depósito legal: M-10408-2008

Composición e impresión: Servicio de Publicaciones de la Fundación Universitaria San Pablo-CEU

Las relaciones entre Islam y Cristianismo en el pasado han sido problemáticas ya desde los primeros momentos del Islam. El Concilio Vaticano II lo reconoce y, como subraya Mario Tedeschi en su *Polémica y convivencia de las tres religiones*¹, sería anacrónico pensar en un estado medieval idílico y utópico en que la convivencia fuera totalmente permeable y pacífica, cuando hoy, aun con estados regidos por los Derechos humanos, es muchas veces imposible. Y ello, a pesar de la llamada amistosamente por los musulmanes *ahl-al-kitâb* «gente del libro», referida a judíos y cristianos que, merecían un respeto especial por su indudable monoteísmo, por su fundamentación abrahámmica y por la aceptación de una revelación divina a través de la profecía.

Esta animadversión entre cristianos y musulmanes, tanto social y política como teológicamente ha seguido durante siglos no siendo preciso me detenga en ello, dada su evidencia. Digamos que a través de la llamada Reconquista española, pasando por las Cruzadas y culminando en los hechos sangrantes de la actualidad, la incomprensión cristiana y occidental respecto a lo que es el Islam es notoria. Bien es verdad que la aparición de los fundamentalismos y las posiciones religiosas radicales han empañado y deformado por completo lo que es en realidad y en su esencia el Islam, como no lo son las practicadas a través de la historia por otras religiones. Y una de las múltiples razones de esta distorsión es la manipulación política de las religiones. Así lo denuncian las conclusiones del III seminario de la UNESCO en 1998 sobre la contribución de las religiones a la cultura de la paz, entre las cuales se dice, por ejemplo:

“En nuestros debates hemos insistido en que cuando las religiones recurren a lo político o cuando son manipuladas en este aspecto generan violencia.

—a veces, las religiones son manipuladas en la lucha política por quienes intentan movilizar a la gente so pretexto de legitimidad religiosa”²

¹ Tedeschi, M., *Polémica y convivencia de las tres religiones*, Mapfre, Madrid, 1992, p.111.

² Torradeflot, F., *Díálogo entre religiones. Textos fundamentales*, Trotta, Madrid, 2002, p. 65.

Y, por otro lado, son los medios de comunicación los que se han hecho eco de estas deformaciones, dando aspectos negativos y distorsionados de lo que en realidad son dichas religiones. A este respecto la primera reunión de expertos de las tres religiones de la UNESCO en 1995, conmina a dichos medios a que sean más responsables a la hora de reflejar los aspectos positivos de todas las religiones fomentando la presentación fidedigna de las mismas como vehículos y garantes de la paz.

Pero es el Concilio Vaticano II, sobre todo en su declaración *Nostra Aetate*, n. 3, donde se invita decididamente al diálogo, a la mutua comprensión entre el Cristianismo e Islam, al cual mira con especial complacencia, buscando entre todos una paz mundial, una respuesta común a los grandes enigmas del hombre, terminando así:

“Si en el transcurso de los siglos surgieron no pocas desavenencias y enemistades entre cristianos y musulmanes, el sagrado Concilio exhorta a todos a que, olvidando lo pasado, procuren sinceramente una mutua comprensión defiendan y promuevan unidos la justicia social, los bienes morales, la paz y libertad para todos los hombres”

Por eso, en mi exposición quisiera delinear algunos aspectos de la esencia más pura del Islam, aquella en que las posturas cristiana y musulmana pudieran acercarse para lograr una mutua comprensión con la cual, ambas religiones solo se ocupasen de lograr una paz mundial y una concordia entre los hombres, como dice el Concilio, dejando de lado las diferencias, muchas de las cuales dependen del contexto histórico y otras de contenido teológico que quedarían para el debate de los teólogos de ambas religiones. Como dice Robert Caspar, teólogo experto en temas islámicos en el Concilio Vaticano II, en su *Para una visión cristiana del Islam*:

“El encuentro fallido [entre cristianos y musulmanes] al principio es posible ahora, a condición de que ambas partes concedamos el espacio adecuado a las condiciones históricas de la Revelación, sepamos descubrir en ese marco lo esencial de nuestras revelaciones respectivas y, por último, reconozcamos los callejones sin salida a que nos conducen las polémicas pasadas y presentes”³.

El profeta Mahoma, hombre de una excepcional personalidad, profundamente religioso y con grandes dotes humanas y místicas recibió la orden, por medio

³ Caspar, R., *Para una visión cristiana del Islam*, Sal Terrae, Santander, 1995, p. 155.

del ángel Gabriel, de predicar a todos los hombres la existencia de un solo Dios y todo aquello que el hombre debe saber para su bien en esta vida y en la otra. Ello ocurrió en la conocida *Laylat al-qadr*, «la noche del poder» en el monte Hira.

Podemos decir, que el núcleo fundamental de este mensaje es el monoteísmo más radical, constituyendo el *tawhîd* o unicidad (de Dios) el centro absoluto del Islam. Son frecuentes en el Corán aleyas como éstas:

“Vuestro Dios es un Dios Uno. No hay más dios que Él, el Compasivo, el Misericordioso” (Corán 2, 163). “Dios ha dicho: “¡No toméis a dos dioses! ¡Él es sólo un Dios Uno!” (Corán, 16, 51)

Ahora bien: ¿por qué esta orden del ángel Gabriel de predicar la existencia de un solo Dios? Mahoma se encontró con una sociedad beduina fundamentalmente politeísta que tenía como diosas, entre otras, a Hubal, al-Lât, al-Manât y al-Uzzâ. De hecho, cuando el Profeta entró en el interior de la Ka'ba se encontró con 365 figuras de ídolos las cuales destruyó, lanzando estas palabras: “Ha llegado la Verdad y se desvanece lo vano” (Corán, 17, 81). Solo respetó un icono bizantino de la Virgen con el Niño. Por otro lado, su profunda vivencia religiosa centrada en la unidad y unicidad de Dios, vio que era coincidente con el Dios único de judíos y cristianos. Solo que ambos se encontraban enfrentados entre sí e incluso, dentro de ellos mismos, se hallaban divididos en multitud de sectas. El Profeta vio la necesidad de proclamar lo más fundamental de todos ellos dejando de lado las diferencias. De ahí su proclamación firme y decidida de la existencia de un solo Dios, Único y Uno en su esencia. Incluso parece que el Profeta no quiso fundar una nueva religión sino solo dar la formulación final y definitiva de todo el monoteísmo semita que le precedió.

Por eso, este Dios Único, tiene ciertas características algunas de las cuales son idénticas al Cristianismo y otras que lo acercan a él, a saber, tal como lo reconoce el Concilio Vaticano II:

“La Iglesia mira también con aprecio a los musulmanes que adoran al Dios único, vivo y subsistente, misericordioso y todopoderoso, creador del cielo y de la tierra, que ha hablado a los hombres, y a cuyos ocultos decretos procuran someterse con toda el alma, como se sometió a Dios Abraham, de quien la fe musulmana gusta hacer referencia. Veneran a Jesús como profeta, aunque no le reconocen como Dios; honran a su madre virginal, María, y a veces también la invocan devotamente. Esperan, además, el Día

del Juicio, cuando Dios recompensará a todos los hombres resucitados. Aprecian, por tanto, la vida moral y honran a Dios, sobre todo con la oración, las limosnas y el ayuno.”⁴

Quisiera hacer ahora algunas reflexiones que nos descubran la esencia última del Islam, a propósito de este texto, y que sirvan para abrir la posibilidad de un encuentro.

Ante todo, ese Dios Único, Vivo y Subsistente es “clemente y misericordioso” (*al-rahmân al-rahîm*). Con esta expresión se encabezan todas las suras del Corán y todas las alusiones a la divinidad. No se trata de un Dios terrible sino todo lo contrario. Es ante todo justo, pero por encima de todo, compasivo, inclinado al perdón y benevolencia:

“Dios no hará ni el peso de un átomo de injusticia a nadie. Y si se trata de una obra buena, la multiplicará y dará por su parte una magnífica recompensa” (Corán, 4, 40)

Y, desde luego, pone el perdón y la caridad por encima de todas las virtudes: Hay que ser justos en los castigos por las infracciones, siendo siempre preferible el perdón:

“Quien es paciente y perdona, eso sí que es dar muestras de resolución” (Corán, 42, 43)

Y en la vida cotidiana inculca a sus seguidores la caridad, el amor:

¡Sed buenos con vuestro padres, parientes, huérfanos, pobres, vecinos —parientes y no parientes—, el compañero de viaje (o que está a vuestro lado), el viajero y vuestros siervos! Dios no ama al presumido, al jactancioso, a los avaros y a los que empujan a otros a ser avaros, a los que disimulan el favor que Dios les ha dispensado” (Corán, 4, 36-38)

Este Dios Único es creador del cielo y de la tierra a la vez que es Transcendente, es decir incognoscible en esta vida para los ojos del creyente. No se le puede comparar con nada de lo creado por Él. Es el Dios oculto por esencia del Sinaí. Únicamente es adivinable a través de las huellas que ha dejado de sí en su obra creada:

⁴ *Nostra aetate*, n. 3.

“En la creación de los cielos y de la tierra y en la sucesión de la noche y el día, hay, sin duda, signos [aleyas] para los dotados de intelecto que recuerdan a Dios de pie, sentados o echados, y que meditan en la creación de los cielos y de la tierra. «¡Señor!. No has creado todo esto en vano. ¡Gloria a Ti!” (Corán, 3, 190-191)

Y dos aspectos que se derivan de esta afirmación. Uno es aquello que dice un *hadith* según el cual “Dios es bello y ama la belleza” y, como consecuencia, que ha creado un mundo esencialmente bello. Es entonces, a través de la belleza del mundo como podemos vislumbrar la belleza de Dios, aparte de que la mejor manera de honrar a Dios es a través del arte y la belleza. Principio que afecta profundamente al arte, a la cultura y al modo de ser del Islam⁵. Por lo demás, bien pudiera decirse que uno de los caminos de acceso a Dios es la belleza. De hecho, a Dios se le menciona con 99 nombres en el Corán, a los cuales se les denomina «bellos». Más aún: el Corán es un auténtico milagro por su belleza:

“si los hombres y los genios se unieran para hacer algo como el Corán serían incapaces de hacer nada semejante” (Corán, 17, 88)

El otro aspecto derivado de las huellas que Dios ha dejado en su creación es el saber, la ciencia. Ya en el texto antes citado se insta al creyente a meditar en esas huellas. De hecho, la palabra ciencia, saber (*ilm*) aparece en el Corán unas 750 veces, solo superada por Allâh, Dios, (2.800), Rabb, Señor (950). Y hay 750 versos en el Corán (una octava parte del Libro) que incitan a la ciencia, a estudiar la creación. Más aún hay varios *hadithes* que mueven al hombre hacia la ciencia de forma clara:

“El que abandona su hogar para ir en busca del conocimiento, sigue el camino de Dios”

“La tinta del sabio es más sagrada que la sangre del mártir”

“Buscad la ciencia hasta la China”

Con ello, el mundo, la naturaleza, ya no es algo que exista en sí, autónomo, como la *physis* griega, sino que se diviniza en cuanto que no tiene sentido alguno si no se la ve recién salida de la voluntad y manos de Dios, lo cual no quiere decir en absoluto que la religión se ponga por encima de la ciencia que estudia este mundo, sino que simplemente, éste, el mundo, queda divinizado: no tiene sentido sin el Dios Único que late tras Él que lo ha creado.

⁵ Lomba, J. *El mundo tan bello como es. Pensamiento y arte musulmán*, EDHASA, Barcelona, 1986.

Un magnífico análisis de este hecho, a la vez que el estudio, primero, de por qué el Islam estuvo a la cabeza del saber científico mundial durante siete siglos; segundo el análisis de su hundimiento; y tercero lo que se está haciendo y se debe hacer en este momento en el Islam para recuperar aquella gloria, nos la da el ingeniero electrónico y matemático a la vez que físico nuclear, Pervez Hoodbhoy, Profesor en la Universidad de Islamabad, en su libro, *El Islam y la Ciencia*, corroborado todo ello por el premio Nobel de Física de 1979 Mohamed Abdûs Salâm⁶.

El Concilio señala otra característica del Islam paralela al Cristianismo y judaísmo, cuando dice que Dios “que ha hablado a los hombres, y a cuyos ocultos decretos procuran someterse con toda el alma, como se sometió a Dios Abraham, de quien la fe musulmana gusta hacer referencia”. Se entiende que esa Palabra divina consiste en la delimitación clara entre el bien y el mal, diciendo y ordenando lo que el hombre debe hacer y evitar para ser feliz en esta vida y lograr la salvación eterna en el Paraíso. Esta Palabra supone un esfuerzo extremo en el hombre, *iytihâd*, tanto para conocerla como para practicarla según lo cual será juzgado por Dios en el día del juicio final.

Insistiendo en el hecho de que Dios habla, merece la pena me detenga en comentar algunos puntos cruciales del hecho de que Dios se hace Palabra. En efecto, para el Islam Dios se ha hecho Palabra. Palabra que es divina y que se ha materializado en el Corán, en la Escritura, tras haberse manifestado a través de los Profetas, en cuya sucesión se incluye la palabra coránica, la revelación al Profeta Mahoma.

“Creemos en Dios, en lo que nos ha sido revelado, en lo que se hizo descender en Abraham, en Ismael, en Isaac, en Jacob y en las doce tribus; en lo que fue dado a Moisés y a Jesús; en lo que fue dado a los Profetas por su Señor. No diferenciamos entre ellos” (Corán, II, 136)

El Islam, en este sentido, admitiendo esta cadena profética, en la cual insiste en la importancia de Abraham, Moisés y Jesús, afirma que la revelación hecha a Mahoma es la definitiva y última, asumiendo todas las anteriores, llamándole en consecuencia *jâtim al-anbiyâ*; «sello de los profetas». Con ello, se sostiene que tras Mahoma ya no cabe revelación y palabra de Dios nueva alguna. Se ha llegado a la cima del monoteísmo más quintaesenciado.

⁶ Hoodbhoy, P., *El Islam y la ciencia. Razón científica y ortodoxia religiosa*, E. Bellaterra, Barcelona 1998.

Y aquí surge una de las diferencias con el Cristianismo: en este, la Palabra de Dios se materializa en la figura de Jesús, Dios y hombre a la vez. En el Islam, la materialización se efectúa en la Escritura, en el Corán que es también a la vez creado y divino (no Dios), de ahí la belleza del mismo a la que he hecho antes alusión. Un texto coránico es altamente revelador por llamar a Jesús «Palabra Dios», a la vez que se proclama la virginidad de María. Dice el Corán:

“Cuando los ángeles dijeron: «María. Dios te anuncia la buena nueva de una Palabra que procede de Él. Su nombre es el Ungido, Jesús, hijo de María, que será considerado en la vida de acá y en la otra y será de los allegados. Hablará a la gente ya en la cuna y luego, de adulto, y será de los justos». Dijo ella: «Señor, ¿Cómo puedo tener un hijo, si no me ha tocado mortal?». Dijo: «Así será. Dios crea lo que quiere. Cuando decide algo, le dice tan solo: ‘sé’ y es. Él le enseñará la Escritura, la Sabiduría, la Tora y el Evangelio» (Corán, 3, 42-48)

Estamos, pues, ante la «Palabra de Dios» *kalimat Allâh* y «Espíritu de Dios», *rûh Allâh*, en el sentido bíblico de «espíritu de santidad» y en cuanto que fue ese espíritu de Dios y no obra humana, la que hizo concebir virginalmente a María su hijo Jesús. La Palabra de Dios, entonces, en ambas religiones es material-humana y divina, con la diferencia del hecho de que Jesús es Dios en el Cristianismo, cosa que no admite el Islam, a pesar de la veneración que por Él profesa. Sin embargo, sin entrar en polémicas teológicas, no soy teólogo, acudo de nuevo al teólogo, a Robert Caspar, que dice:

“una de las mejores formas de aproximarse a la verdad cristiana a partir de categorías musulmanas consiste en utilizar el título coránico de Jesús, «Verbo de Dios», no en el sentido polémico de los árabes cristianos de la Edad Media, sino en un sentido profundamente teológico. La Palabra de Dios es eterna en Dios; es Dios mismo. Pero para manifestarse a los hombres asume una forma creada. Para el Islam, esta Palabra “encarnada” es el Corán, Palabra de Dios hecha Escritura («Libro»). Para el Cristianismo, la Palabra Divina «se encarna» en el hombre Jesús, verdadero Dios y verdadero hombre, del mismo modo que el Corán es al mismo tiempo divino y humano. Algunos musulmanes modernos consignan esta analogía”⁷

Aparte de esta sugerencia, la admiración que se tiene por Jesús en el Islam es grande. Ya vimos cómo el Profeta no destruyó el icono de la Virgen y el Niño en la Ka’ba. Pero, aparte de ello, el Islam no admite la crucifixión, por verla como una humillación al ser más grande, después del Profeta, sosteniendo que

⁷ Caspar, R., *Para una visión cristiana del Islam*, op. cit., p. 157.

fue crucificado o un doble, o un soldado romano o el mismo San Pedro que se prestó a sustituir al Maestro. Dios se lo llevó al cielo en cuerpo y alma y, según la tradición musulmana, vendrá al final de los tiempos como signo precursor del fin del mundo y en el Juicio Final.

Y, volviendo a la afirmación de que Dios en el Islam se ha hecho Palabra, de que la Palabra de Dios es sagrada, divina, es necesario subrayar un aspecto derivado de este hecho, a saber, el culto especial que da el Islam a la palabra escrita o hablada. Para empezar, la escritura y la caligrafía en general (*jatt*) es de las artes máspreciadas del Islam Y, en cuanto a la Palabra de Dios materializada en el Corán, está prescrito que hay que pronunciarla con un especial tono, cuasi musical, sumamente bello y complejo, pautado con unas reglas de salmodia (*tilâwa*) dirigida por la ciencia del *taywîd* que significa en general «adorno» y, en concreto, «el arte de salmodiar bellamente el Corán». De hecho, la llamada a la oración por el almuédano, se hace con la voz humana así embellecida. Por otro lado, la Palabra de Dios se ha convertido en un motivo ornamental de primer orden: las mezquitas ya no están llenas de figuras humanas artísticamente elaboradas, sino con versos del Corán trazados con una estética muy sutil. Se trata de la Palabra de Dios, muy distinta a la humana y profana.

También señala el Concilio, y no sin razón, la importancia de Abraham en el Islam. En efecto, El Patriarca es la pieza clave y punto de arranque de las tres religiones monoteístas. En efecto, para todas es el primero en aceptar internamente la realidad de un Dios único y en la práctica el sometimiento por completo a Él, al estar dispuesto a sacrificar a su hijo. Para el judaísmo, además, es el padre carnal del pueblo judío a través de su hijo Isaac, al que prometió una abundante descendencia. Para el Cristianismo, además de lo dicho, nada de ello tendría valor sin la fe en Cristo por la cual podemos beneficiarnos de las bendiciones prometidas a Abraham y a su descendencia. Para el Islam (aparte de la filiación a través de Ismael) Abraham es el primero de los «sumisos» a Dios:

“Abraham no era ni judío ni cristiano, sino *hanîf* (monoteísta) muslim (sometido a Dios)” (Corán 3, 67)

Fue, pues, el primer musulmán, dado que Islam (y muslim, el que practica el Islam) vienen de la raíz árabe *salama* en su forma cuarta verbal que significa entregarse por completo y absolutamente en manos de Dios, quedando el

hombre en total paz e integridad interior (no olvidemos que *salâm*, como *shalôm* en hebreo, significan paz, viniendo de la misma raíz).

Quisiera subrayar ahora algunas de las muchas notas que tiene el Islam y que son esenciales para entenderlo en su esencia y en orden a una apertura al diálogo.

Aludí antes al *hadith* que dice que «Dios es bello y ama la belleza» y que, en consecuencia, el mundo creado por Él es esencialmente bello. Ahora bien, dentro de este mundo, para el Islam, lo más bello y sublime es el hombre. Un poeta musulmán del s. XVI, Hârûn al-Makhzoumi en su libro *Las fuentes del placer*, llegó a decir:

“Dios es bello y ama la belleza. Si no fuera así, no nos hubiera hecho tal como somos y no habría creado el mundo tan bello como es”⁸

En efecto, el ser humano para el Islam es lo mejor de la creación. Es importante a este respecto el siguiente texto coránico en que se cuenta el origen del demonio, de Iblis:

“Y cuando tu Señor dijo a los ángeles: «voy a crear a un mortal de barro arcilloso, maleable, y, cuando lo haya formado armoniosamente e infundido en él mi Espíritu, caed prosternados ante él». Todos los ángeles, a una, se prosternaron, excepto Iblis (el demonio), que rehusó unirse a los que se prosternaban” (Corán, 15, 27)

Y nótese que jamás ordenó al hombre que se prosternase ante los ángeles, solo ante Dios: el resto de la creación, incluida la corte de los ángeles están por debajo y al servicio del hombre.

Lo cual confirma el mismo Profeta cuando vísperas de su muerte en su *Sermón de la despedida* dijo:

“¡Oh pueblo! en verdad que vuestra vida, vuestros bienes, vuestro (honor, fama, moralidad son inviolables. ¡Oh pueblo! en verdad vuestro Señor es uno, y vuestro antepasado es uno: todos vosotros descendéis de Adán y Adán está hecho de barro. El más digno de entre vosotros, ante Dios, es aquel que le teme más. Ningún árabe tiene superioridad sobre un no árabe, salvo por la piedad”

⁸ Hârûn al-Makhzoumi de su libro *Las fuentes del placer*, Ed. Temas de Hoy, 4ª ed. Madrid, 1990, p. 17.

El hombre, pues, hecho de un material endeble, de barro, es digno de los mayores respetos, lo cual se acrecienta solo por un hecho, por la fe en un solo Dios. El Islam, por otro lado, tiene multitud de elementos como para construir un humanismo del más puro estilo. De hecho, el filósofo marroquí Lahbâbi, que estudió en París con los personalistas cristianos Marcel, Maritain, Mounier, no dudó en iniciar una nueva corriente dentro del Islam, basada en los textos sagrados del Corán y de la tradición, llamada *shajshâniyya*, «personalismo» musulmán. Escojo alguna afirmación, de entre otras muchas:

“Testimoniar que Dios es Uno es afirmarse a sí mismo también como unidad. Pues, reconocer la omnipotencia divina, es al mismo tiempo, reconocerse su propio poder de juzgar y de apreciar en el acto mismo de testimoniar. El musulmán, en la oración, se presenta solo ante Dios, a distancia, pero en una comunión”⁹

Y un poco más adelante:

“Testimoniar la unicidad de Dios, equivale a ponerse como persona; somos personas porque Dios nos ha creado así. ¿No se ha hecho Él a sí mismo, a su manera, persona y no nos ha hecho a su imagen como lo dice la Biblia y el Profeta del Islâm?”¹⁰.

Y esa persona así constituida en dignidad primeramente por la creación divina, y subrayada luego por la profesión de fe o *shahâda*, se sitúa ante Dios de forma directa: sin intermediarios en esta vida ni en la otra, sin jerarquías, sin clero. El Islam, en su sumisión a Dios, en sus prácticas religiosas, en su oración se dirige directamente a Dios, cara a cara, sin intermediarios. En tal caso, el Islam, ante todo es una actitud interna en la que lo único que vale es la intención recta (*niyya*). Por ello, todos los musulmanes son íntegramente iguales, diferenciándose solo por el grado de fe que cada uno tenga.

“¡Hombres! [...] Para Dios, el más noble de entre vosotros es el que más le teme. Dios es omnisciente, está bien informado” (Corán 49, 13). “Al creyente, varón o mujer, que obre bien le haremos ciertamente que viva una vida buena y le remuneraremos con arreglo a sus mejores obras” (Corán 16, 97 y 33, 35).

Ello explica la multitud de escuelas teológicas, jurídicas, filosóficas que hay en el Islam, todas ellas válidas con tal de que se atengan a los principios

⁹ Lahbâbi, M.A., *Le personalisme musulman*, P.U.F., Paris, 1967, p. 22.

¹⁰ Lahbâbi, M.A., *Le personalisme musulman*, op. cit., p. 40-41.

religiosos y humanos que venimos viendo. No hay una autoridad que diga lo que es ortodoxo o heterodoxo, sino simplemente las indicaciones orientativas de los sabios, juristas y opinión comunitaria de los expertos o por la mayoría del pueblo sinceramente fiel (*iy mâ'a*). No hay ningún poder político y social humano derivado del poder de Dios con poderes doctrinales, puesto que el único poder está en manos de Él. El califa, las autoridades solo son custodias del cumplimiento de la *shari'a*.

Ésta, la *shari'a*, está integrada por las enseñanzas y mandatos del Corán, por los dichos del Profeta conservados rigurosamente por la Tradición, o *hadîthes*, por las orientaciones dadas por las cuatro escuelas jurídicas (hanbalí, Mâlikí, Shafi'í, Hanifi) las cuales solo se diferencian por su mayor o menor amplitud de criterio a la hora de interpretar el derecho y la Revelación) por sus alfaqíes, o jueces, por los sabios o *ulemas*.

Un punto muy importante del Islam y que hay que estudiarlo desde la idiosincrasia del mismo, no con la perspectiva occidental, es la identificación entre religión y política. No se trata en absoluto de la utilización de la religión por los poderes políticos, como ocurre hoy día, ni de la religión que emplea la política para sus fines. Es otra cuestión.

Primero, el Profeta fue consciente de que fundaba una nueva sociedad política que no se basaba ni en la etnia, ni en la historia, ni en la lengua, ni en la política, sino exclusivamente en la fe:

“Que constituyáis una comunidad que invite al bien ordenado lo que está bien y prohibiendo lo que está mal”

De ahí, la aspiración del Islam a que toda la humanidad forme una sola sociedad basada en un único criterio, la fe en un solo Dios. Se trata de la *umma* o comunidad político-religiosa universal en la que no quepa ni el ateísmo, ni el politeísmo ni el mal. De nuevo Lahbabi:

“la shahâda juega el papel de una doble mediación gracias a la cual el hombre toma conciencia de su finitud ante la presencia continua del Infinitamente Grande. Y en segundo lugar, la shahâda abra el camino del yo hacia su plenitud integrándolo en la umma, en un nosotros comunitario”

Y un poco más adelante:

“El Islam es un conjunto de modos variados de ser de la persona. Vivir en musulmán es, ante todo, asumirse como conciencia encarnada y comprometida en el mundo, con vistas a la búsqueda de la autenticidad personal. Encarnado, consciente y comprometido, cada uno de nosotros tiene por tarea la de transformarse transformando el mundo y mejorándolo en todos los dominios, según las leyes queridas y reveladas por Dios”¹¹

Esta implicación entre la sociedad y el individuo y el progreso conjunto de ambos, lo amplía de una manera elocuente:

“Según el Corán, para poderse dar efectivamente a las tareas [...] de transformar el mundo, importa, primeramente, transformar el alma de cada uno a fin de prepararla a una receptividad suficiente para los demás niveles: “Dios no modifica la situación de un pueblo hasta que éste ha modificado lo que está en él mismo” (Corán, XIII, 11). Así, ninguna reforma político-social tendrá éxito ni será eficaz si no se lleva a cabo como una ascesis, como un imperativo interior que nos lleve a superar los apremios y obstáculos interiores. Se trata de un tipo de praxis entre lo psíquico, el espíritu, la fe y lo físico, la materia y lo profano. De este modo se vuelve a descubrir, por este camino, la noción de “totalidad”, solo que aquí adquiere mayor extensión”¹².

Por otra parte, la *sharī'a* es una ley que no distingue entre lo privado y lo público, no hay dos morales sino que una sola ley que afecta por igual al individuo y a la comunidad: ésta debe ayudar al creyente a realizarse y éste debe colaborar a edificar una *umma*.

Y, en todo caso, a pesar de lo que la historia pasada y la sangrante realidad actual nos enseñan, la política en el Islam supone un profundo humanismo. Así lo dice el pensador musulmán al-Durānī:

“El Islam rehúsa toda política que no reconoce como valor importante la unidad del género humano y al hombre en su sentido más genérico”¹³.

Hay un punto sumamente delicado, muy mal interpretado hoy día y manipulado por los poderes políticos cual es el tema del *yihād* o llamada «guerra santa». De la misma raíz lingüística de *iytihād*, «esfuerzo» por entender y cumplir el mensaje divino, en el Corán *yihād* no aparece en el sentido militar sino en el de la lucha personal contra las propias pasiones. Es la que se llama *al-yihād*

¹¹ Lahbâbi, M.A., *Le personalisme musulman*, op. cit., p. 4 et passim.

¹² Lahbâbi, M.A., *Le personalisme musulman*, op. cit., p. 30.

¹³ al-Durānī, F., *Dirâsa wa buhut fi-fikr al-islamî al-Muaser*, Beirut, 1988, p. 17.

al-kabir, «la gran *yihâd*» Posteriormente, según un *hadî*t, existe la posibilidad del «pequeño *yihâd*», *yihâd al-sagîr* en el sentido de extender la creencia en un solo Dios, la práctica del bien y extirpación del mal por todo el mundo, dada la vocación universalista del Islam y la identificación dicha entre religión y política, cobrando, según las circunstancias, un sentido militar.

En todo caso, como dice el Prof. Gamal Abdel-Karim:

“Asociar terrorismo con el Islam —por el hecho de interpretar incorrectamente el término de *yihâd*— es totalmente absurdo e injusto. Los textos coránicos y las palabras del Profeta están llenas de referencias firmes y llamamientos a favor de la paz y el uso del diálogo y el entendimiento, antes de hacer uso de las armas, algo considerado como un hecho odioso e innecesario. El Islam hace un llamamiento a la armonía y convivencia con los demás, aunque sean ajenos a su espiritualidad, porque todos los hombres son iguales ante Dios”¹⁴.

Otra cuestión es que el *yihâd* sea puesto como deber y bandera de lucha por los grupos extremistas y fundamentalistas pasados y actuales, lo cual no es de la esencia más pura del Islam.

Esto supuesto, los juristas hablan mucho y con gran cuidado del «pequeño *yihâd*», *yihâd al-sagîr*, en sentido militar, y solo lo consideran válido si se ajusta a determinadas condiciones: primera, que es lícito cuando un pueblo musulmán es atacado por ser musulmán, por creer en un solo Dios (no por razones políticas o económicas). Segunda, que preceda una previa predicación y exhortación pública y oficial de la fe musulmana, similar a la predicación cristiana o de otra religión, *da'wa*, a un pueblo no creyente. Tercera, que si no es aceptado el Islam como religión, al menos que se acate el estado y leyes políticas y sociales musulmanas, quedando el pueblo y sus componentes en la condición de *dhimmi*es o «protegidos» (es decir, con libertad para practicar su religión cristiana o musulmana) los cuales respetarán a su vez la práctica del Islam. Cuarta, que si, a pesar de todo, es rechazado el Islam, es lícita la *fatha*, que puede equivaler más o menos a «conquista» militar. Quinta, que sea proclamada únicamente por el jefe supremo de la comunidad (no por grupos de creyentes). Sexta, la guerra santa no puede hacerse entre los musulmanes. Séptima, durante la guerra y después de ella, se debe tener total respeto a los prisioneros, a las mujeres, niños, ancianos, monjes, gente religiosa y edificios religiosos. Octava, que en esta «guerra santa» el asesinato y el suicidio están

¹⁴ Gamal Abdel-Karim, *Ciencia del Islam. Desde los orígenes hasta hoy*, Fundación de Sur, Madrid, 2005.

terminantemente prohibidos en el Corán. Dadas estas condiciones bien puede afirmarse que han sido muy pocas las «guerras santas» con las que cuenta la historia del Islam y que, desde luego, las proclamadas hoy, no lo son en absoluto «guerras santas» sino simplemente «guerras» (*harb*) en el sentido puramente militar y movidas por motivos políticos, económicos o de cualquier tipo.

Eso sí, aquellos que mueren en una auténtica y verdadera guerra santa, merecen un especial premio de Dios:

“Quienes emigraron, quienes salieron de sus casas, quienes fueron importunados en mi senda, quienes combatieron y fueron matados, a éstos les perdonaré sus malas acciones y los introduciré en unos jardines por los cuales corren los ríos” (Corán, 3, 195)

Solo resta hablar someramente de los llamados cinco pilares del Islam, a los que parcialmente alude el Concilio Vaticano cuando habla de la oración, las limosnas y el ayuno que practica el Islam, como datos a favor de un acercamiento entre él y el Cristianismo. Se trata de los cinco preceptos básicos, imprescindibles en la vida del musulmán

El primer pilar es la *shahâda* o «profesión de fe», a saber, el pronunciar de palabra y de corazón la aceptación de un solo Dios, tal como el Profeta lo ha formulado sometiéndose con la acción a los mandatos de ese Dios Único. Lo cual se expresa en la fórmula: “No hay más dios que Dios y Mahoma su profeta”. Con ello, el hombre se hace muslim, creyente en un solo Dios y miembro de la sociedad islámica, de la *umma*.

El segundo pilar es la oración, *salât*, hecha cinco veces al día (al alba, al medio día, a la tarde, al ocaso, y en la noche cerrada). Cuatro observaciones de gran interés: Primera, con la oración el hombre se pone en contacto con Dios, directamente, desde lo más hondo de la conciencia, recordando su total dependencia y sumisión a Él. Segundo, antes de la oración es precisa la purificación con agua (*tahâra*), por la cual el hombre se sacraliza, se deshace de todo lo profano de la vida cotidiana, antes de entrar en contacto con Dios. Tercera, la oración se ha de hacer mirando a la Meca, con lo cual, en el acto de orar, toda la *umma* islámica se une al centrarse en el punto más sagrado de la tierra y del mundo, la Ka'ba en la Meca. Cuarto, con estas cinco oraciones al día, más la solemne del Viernes, quedan sacralizados en su integridad tanto el mismo día como la semana.

Con todo ello, el mundo profano, la vida, personal y comunitaria, al ponerse en contacto con Dios, se han elevado a un plano superior, el divino.

El tercer pilar es la limosna (*zakât*) o contribución con parte de los bienes de cada uno a la ayuda del resto de la comunidad, en especial, no solo a los necesitados económicamente, sino también a los huérfanos, viudas, marginados, enfermos, desvalidos. Es el sentido sacro de las riquezas puestas al servicio de la comunidad islámica.

El cuarto pilar, el ayuno (*sawn*) durante el mes del Ramadán (a lo largo de 28-30 días del año lunar). Durante el día el creyente se priva no solo de alimentos sino de cualquier acto profano como es el fumar, practicar el sexo etc. Con ello, no solo se sacraliza, diviniza, el hombre sino el año entero.

Y quinto pilar: la peregrinación (*hayy*) a la Meca al menos una vez en la vida, con lo cual queda sacralizada la existencia entera del creyente, pues es un acto inmensamente solemne, importante que se celebra de múltiples maneras religiosas y festivas. La Meca, ciudad natal del Profeta, contiene en su interior la Ka'ba o construcción de piedra que, según la tradición musulmana, es el lugar donde Dios ordenó a Abraham para que junto con su hijo Ismael, construyesen el primer templo dedicado al Dios Único. Con ello, la Ka'ba resulta ser el centro y ombligo del universo, de la tierra, de la comunidad entera islámica. A este propósito no quiero pasar por alto un detalle, al margen de la dimensión religiosa de la peregrinación. Se trata de que el viaje a la Meca durante la Edad Media, resultaba altamente costoso en dinero y tiempo. Por lo cual, muchos intelectuales aprovechaban el viaje para quedarse en Oriente un tiempo con el fin de hacer acopio de libros, de estudiar junto a ilustres maestros y aprender los secretos de la ciencia y pensamiento elaborados en Oriente. A la vuelta de dicha estancia, fueron los que se encargaron de propagar lo aprendido en Oriente y divulgarlo por al-Andalus y Occidente. De este modo, el *hayy* constituyó un fuerte vehículo de transmisión del saber que cuajó de manera espectacular en al-Andalus, sur de Italia y, finalmente, en Europa.

Estos han sido, a grandes rasgos, los caracteres de la esencia misma del Islam, a partir de los cuales he tratado de abrir las puertas a un posible diálogo interreligioso, libre de prejuicios y de las deformaciones que los *mass media* nos dan del Islam en la actualidad. No he hablado de la maravillosa y rica veta del sufismo, punto de encuentro en muchos aspectos entre el Islam y el Cristianismo

de los grandes místicos musulmanes, como Ibn Masarra, Ibn al-Arif, Ibn Arabi tan bien estudiados por Asín Palacios y actualmente por investigadores como Luce López Baralt y por mí mismo que subrayan las grandes y profundas similitudes entre el *tasawwuf*, mística islámica, y la cristiana de San Juan de la Cruz, Santa Teresa, San Ignacio de Loyola. Por eso, tengo el gusto de terminar esta exposición con aquellos preciosos y aleccionadores versos del místico murciano Ibn Arabi que dicen:

“Hubo un tiempo en que reprochaba a mi prójimo
el que su religión no estuviera próxima a la mía.
Pero ahora ya caben en mi corazón todas las formas:
pues es prado de gacelas, monasterio de monjes,
Templo de Buda, Ka’ba de peregrinos,
Tablas de la Toráh, Versículos del Evangelio
y Aleyas del Corán.
Doquier cabalque el Amor
con su doctrina me oriento.
Sólo el Amor, sólo,
es mi única fe
y mi creencia eterna”.